

Intervención del Vicepresidente del Parlamento Europeo, Alejo Vidal-Quadras, en el acto de presentación del libro *El delfín del PP* de Pablo Montesinos, celebrado en el Hotel Palace de Madrid el 17 de noviembre de 2010

La biografía es un género difícil porque los seres humanos, incluso los aparentemente más diáfanos, albergan y frecuentemente ocultan innumerables sueños, deseos, sentimientos, contradicciones y emociones, no todos ellos situados en el nivel consciente y, por tanto, las acciones concretas de los hombres y mujeres presentes o pasados que en el campo de lo visible se ofrecen a nuestro juicio no obedecen a motivaciones siempre transparentes ni son necesariamente coherentes ni lógicas. Por otra parte, no pocas descripciones de trayectorias vitales célebres caen en la hagiografía mercenaria o ideológicamente sesgada o pertenecen al género denigratorio bajo la inspiración del rencor o la venganza. Thomas Carlyle acertó al afirmar que “una vida bien escrita es casi tan rara como una vida bien empleada”. Y no digamos si el retrato literario corresponde a alguien que está vivo y en buena salud, que es extraordinariamente sensible a los comentarios que le atañen y que se ha distinguido por cuidar hasta el detalle su propia imagen porque de ella y de su pública aceptación o rechazo depende en crucial medida el cumplimiento de sus más acariciados objetivos. La aventura de confeccionar negro sobre blanco un perfil político y humano en semejante contexto sólo la puede llevar a cabo un insensato o un valiente, es decir, un periodista. Y eso es lo que ha hecho Pablo Montesinos, un profesional de los medios que no tiene nada de alocado, por lo que hemos de felicitarle por su coraje. Un arrojo, por cierto, que no abunda en las filas de nuestras burocracias partidistas, circunstancia que ha impedido que el libro que presentamos esta noche incorpore un prologuista. Cuando Pablo tuvo la amabilidad de solicitar mi colaboración para este acto, la única condición que puse fue leer previamente el resultado de su investigación con el fin, naturalmente, de comprobar su calidad y su objetividad, que ahora me complace constatar.

El delfín del PP es básicamente dos cosas: un relato y una fotografía. El relato consta de acontecimientos, decisiones, gestos, actitudes y estrategias directamente relacionados o protagonizados por el carácter central del mismo. En la medida que nos proporciona información veraz o fácilmente verificable no pretende establecer ninguna valoración crítica. Simplemente, nos cuenta lo que sucedió. Obviamente, la elaboración de conclusiones favorables o desfavorables al expectante y acechante delfín se pone en manos del lector que, a partir de los sucesos descritos, dictará su sentencia. Pondré un ejemplo: si se nos comunica que el Ayuntamiento de Madrid destinó la cifra de 42000 euros a subvencionar el Día del Orgullo Gay según aseguran sus organizadores, cada uno considerará esta generosa ayuda de acuerdo con su particular visión del espectáculo en cuestión y sus criterios estéticos y morales. Pablo Montesinos se limita a darnos el dato.

Pasemos a la fotografía. La rica instantánea del delfín está construida por Pablo a partir del abundante material suministrado por un gran número de personas que le han conocido y tratado como conmlitones, colaboradores, periodistas, condiscípulos o administrados. Tampoco en esta ocasión el autor se entrega a aseveraciones laudatorias o condenatorias de su cosecha, salvo alguna apostilla esporádica y casi automática. Es de nuevo el lector el que toma nota de las variadas apreciaciones de los entrevistados, unos identificados con nombre y apellidos y otros por el tipo de vínculo con el delfín, una vez manifestada su voluntad de mantener el anonimato. Tal como era de esperar en una figura pública de tan acusada personalidad y de recorrido existencial tan largo e intenso, las declaraciones cubren un amplio espectro que va del entusiasmo a la repulsa, pasando por grados intermedios de adhesión o de reserva. Pablo Montesinos nos recuerda, por citar un ejemplo rotundamente positivo, que Manuel Fraga opina del eterno delfín que “todo lo que haga lo hará bien” y que “es lo mejor que tenemos”. O sea, que si somos lo suficientemente avisados, advertimos que la opinión de Fraga sobre el delfín es buena. Bien es verdad que el hijo político de don Manuel cree de su mentor que “se trata de la persona más importante del pensamiento liberal-conservador y del centro reformista en España” y que

está “en deuda para siempre” con él ya que Fraga “le regaló prácticamente todo” lo que el delfín es en política. Sin ánimo de pasarnos de agudos, es obvio que se quieren. Además, la emocionada frase -fue pronunciada entre lágrimas en noviembre de 2007- en la que hace saber que todo lo que ha logrado en política se lo ha regalado Fraga es una encomiable demostración de humildad porque no cabe duda que una parte notable de sus éxitos se debe a sus reconocidos talento y dedicación. Dado que un reproche al delfín muy repetido por los entrevistados por Pablo es el de sucumbir al vicio de la soberbia, esta prueba de modestia nos permite poner en cuarentena por subjetiva esta reiterada observación.

Resulta curioso que en el libro de Pablo se ofrece abundante información sobre lo que el delfín hace o pretende, pero casi nada sobre lo que piensa. No encontramos referencia a obra escrita del biografiado por lo que no es posible leer libros surgidos de su pluma que nos ayuden a conocer su pensamiento político expuesto de manera sistematizada. El general de Gaulle, que no parece que fuera menos activo que el delfín del PP, sí encontró tiempo para legarnos centenares de páginas de excelente prosa francesa y es conocida su definición de la política: “La política”, escribió de Gaulle, “es la acción al servicio de una idea fuerte y sencilla”. Del trabajo de Pablo se desprende que el delfín del PP ha desarrollado y desarrolla una actividad frenética, que la acción ocupa sus horas a un ritmo de verdadero vértigo, pero que esa idea fuerte y sencilla no resalta con nitidez contra el fondo de inauguraciones, reuniones, viajes, entrevistas y apariciones en los medios. Puesto a hallar la esencia de la visión política del delfín, sus convicciones morales, su concepción de la vida colectiva y de la forma idónea de organizarla, Pablo incluye en los anexos de su biografía de nuestro primer edil el discurso que pronunció en el XV Congreso del Partido Popular en octubre de 2004, reciente todavía la derrota electoral del 14 de marzo de ese mismo año y aún no cerradas las heridas infligidas por la tragedia que acompañó a aquel inesperado veredicto de las urnas. Se trata de una pieza muy trabajada en la que es palpable la intención del orador de causar un efecto profundo en los congresistas y en la ciudadanía en general. Pablo demuestra su perspicacia

al seleccionar precisamente este texto porque ese día se nota la voluntad de marcar un rumbo, de sentar cátedra, de presentarse, digámoslo claro, como una alternativa de cara al futuro. Es un discurso, en definitiva, de delfín que desea demostrar que está preparado para empuñar el cetro. Y ¿qué es lo que nos transmite en esos cuarenta minutos de apasionado verbo declamado con el tono y el timbre del que ofrece a una militancia desmoralizada y confusa un liderazgo que será garantía de victoria? ¿Se compromete acaso con un conjunto de valores fuertes, recomienda medidas concretas que resuelvan los problemas de los españoles, ataca con decisión al adversario en sus fundamentos ideológicos, hace un diagnóstico certero de las deficiencias de nuestro sistema político e institucional señalando las reformas necesarias, intenta revitalizar la autoestima de militantes y votantes con afirmaciones inequívocas de principios y convicciones? En absoluto. El delfín, colocado en la tesitura de definir el marco conceptual, político y programático que considera apropiado para aquella hora difícil de España, renuncia a ello y recomienda un método. En lugar de proclamar contenidos, se recrea en el procedimiento. El problema es comunicar bien, nos alecciona, adaptarse con agilidad a la mayoría social fluctuante; lejos de intentar iluminar un camino, zigzaguear rápidamente para acoplarse a los cambios del humor colectivo. Tolerancia, diálogo, interculturalidad, aceptación de las nuevas formas de familia, igualdad civil para las distintas orientaciones sexuales, respeto a la diversidad cultural y lingüística de España para conjurar tentaciones secesionistas -esta receta en especial yo la interpreto como un rasgo de humor del delfín, de humor negro por supuesto en el más genuino estilo de sus admirados Buñuel y Berlanga-, combinación equilibrada del modelo social europeo con el dinamismo competitivo norteamericano y síntesis fecunda del espíritu de las dos grandes revoluciones modernas, invocación en suma de un tiempo feliz en el que quedarán reconciliados Jefferson y Robespierre y el león yacerá junto al cordero. Los cinco elementos centrales de su manifiesto son 1) un patriotismo constitucional deshuesado sin una sola referencia a la identidad histórica, cultural y política de España, enfoque que ha producido el nuevo Estatuto de Cataluña y la práctica liquidación de

España como Nación 2) un desarrollo económico y social protagonizado por las Comunidades Autónomas, consejo que hemos seguido y nos ha llevado al borde de la quiebra de nuestra deuda soberana 3) una Administración fuerte que imponga la igualdad de oportunidades incluso recurriendo a la discriminación positiva, pauta de gobierno a la que no le haría ascos Bibiana Aído 4) la consecución del pleno empleo mediante lo que el mismo delfín caracteriza como “la cuadratura del círculo” de compatibilizar la protección social avanzada con el crecimiento y la competitividad a partir del convencimiento de que lo que es imposible en geometría es factible en economía y sin mencionar siquiera que hemos de reducir el gasto público y trabajar más y mejor y 5) eliminación de la violencia en nuestra sociedad, tanto la de género como la terrorista, extraña equiparación que generó probablemente un cierto desconcierto entre los terroristas y las mujeres maltratadas. Este rosario de enunciados adscritos al más genuino progresismo viene coronado con una llamada final a la utopía y a la ilusión. Pues estupendo. Si un día el delfín sube al trono, ya sabemos a qué atenernos. Dispongamos nuestro ánimo para ser tolerantes, dialogantes, pacíficos, interculturales, comprensivos con los nacionalistas y fieles seguidores de la Sexta. Estoy seguro que todos ustedes arden de impaciencia por habitar tan seductor paraíso.

Otro elemento a destacar en el esclarecedor cuadro trazado por Pablo Montesinos es la acumulación de errores estratégicos y tácticos de bulto a lo largo de la última década de vida política del delfín. No seré yo quien niegue que las personas extraordinariamente inteligentes pueden equivocarse de manera flagrante y la Historia rebosa de ejemplos, pero también es cierto que a partir de un número de fallos garrafales cabe abrigar algunas dudas sobre la inteligencia del que los comete. Pablo apunta sagazmente que determinadas y aparentemente incomprensibles pifias del delfín obedecen más a la obnubilación provocada por una desmedida e incontrolable ambición que a la falta de luces. Esta realidad psicológica la sabiduría clásica la expresó con inigualable concisión: los dioses, en efecto, ciegan a los que quieren perder. Pablo Montesinos recoge en *El delfín del PP* una sentencia, demoledora como suya, de Federico Jiménez Losantos, que formula la misma idea de Plutarco,

aunque con menor fuerza poética y mayor contundencia: “Lo quiere todo y ahora”. Esta divisa, “todo y ahora”, que podría campear en el escudo de armas del delfín si un día el Rey le ennoblece como reconocimiento a su dilatada entrega a la cosa pública, encierra considerables peligros porque si bien es factible conseguir algo de inmediato y todo a muy largo plazo, la doble exigencia material y temporal del lema que según Federico guía la ejecutoria del delfín enfrenta a su titular con situaciones extremas siempre en el filo de la navaja con altísima probabilidad de darse el batacazo. Repasemos con ánimo pedagógico los principales episodios en los que, siguiendo el hilo desenrollado por Pablo Montesinos, el delfín perdió el oremus y se metió en jardines rebosantes de plantas espinosas. Desde mi punto de vista, son por orden cronológico. a) su intento de impedir que Esperanza Aguirre fuera presidenta del PP de Madrid b) su ofrecimiento a acompañar a Mariano Rajoy en la lista de candidatos a las elecciones generales de 2008 c) el traslado de la sede del Ayuntamiento de la capital de la plaza de la Villa a Cibeles d) el empeñamiento en prestar crédito al montaje, posteriormente demostrado falso, de espionaje a su vicealcalde por parte de la Comunidad de Madrid y e) la segunda candidatura a los Juegos Olímpicos.

En cada uno de estos trances, el delfín hace la mala elección, desoye la voz de la prudencia y mete la pata hasta el corvejón. Era evidente para cualquier observador imparcial que Esperanza estaba situada en la pole position para ser Presidenta del PP de Madrid. El apoyo de los alcaldes a su candidatura era abrumadoramente mayoritario, los militantes y simpatizantes simplemente la adoran, su carisma entre la gente de centro-derecha de la España central es legendario y su labor previa de campaña interna, pueblo a pueblo, distrito a distrito, barrio a barrio y asociación a asociación había sido completa hasta la extenuación. ¿Cómo explicar entonces las exigencias del delfín en relación a la composición del Comité Ejecutivo y a la Secretaria General, imposibles de aceptar por su rival, las maniobras conducentes a que el presidente nacional impusiese a su esclavo moral contra la opinión de las bases, sabiendo que aquél jamás transita por líneas de máxima resistencia ni alimenta conflictos inútiles y el via crucis humillante de la Junta Directiva Regional del 14 de octubre de

2004? Estamos ante una conducta desprovista de cualquier asomo de lógica. La retirada final en la que reconoció su derrota con juegos léxicos patéticos puso el broche a una empresa condenada al desastre desde su primer minuto.

El culebrón de su pretendida inclusión en la lista de Madrid para las generales de 2008 es aún más insólito. El planteamiento público sin previa advertencia a su jefe de filas del siguiente esquema: Quiero ir contigo en la lista para ayudarte a ganar, lo que implica que tú solo no eres capaz de hacerlo, y en caso de que no ganes, allí estaré yo para sustituirte rápidamente, y suponer que un líder de partido lo va a aceptar, no revela ni un conocimiento profundo de la mentalidad de los números uno en particular ni de la naturaleza humana en general. A mayor abundamiento, estaba cantada la reacción de Esperanza Aguirre, que nunca confunde la valentía con la temeridad. Y sin embargo, el delfín se arrojó a esta piscina vacía para estrellarse contra el cemento del fondo. De nuevo los dioses homéricos enturbiando su vista.

Tercer resbalón. Reunamos a un millar de gerentes de empresa en una sala y sometamos a su consideración la siguiente cuestión: Suponga que es usted alcalde de una gran capital la sede de cuyo Ayuntamiento se encuentra desde hace varios siglos en un edificio modesto, pero lleno de sabor, en una plaza emblemática de la ciudad. La expansión de la urbe y de la correspondiente administración municipal ha dejado pequeña esa sede, lo que obliga a distribuir organismos y dependencias en otras ubicaciones con los inconvenientes y costes de la dispersión. ¿Procedería usted a trasladar la sede de la Alcaldía a un palacio gigantesco en el centro con una inversión estimada de entre 500 y 800 millones de euros en un período de crisis económica galopante cuando su endeudamiento rebasa los 7000 millones, el desempleo en el país es de cinco millones de personas y esta operación coloca a su consistorio en riesgo de quiebra? ¿Juzga usted esta decisión políticamente sensata y financieramente razonable? Análogo experimento se podría realizar con un millar de amas de casa, un millar de pequeños comerciantes y un millar de directores de

sucursal bancaria. La respuesta sería unánime y sería negativa. Pese a ello, el delfín una vez más obedeció a su querencia por lo descomunal.

Cuarto tema. Forma parte de las triquiñuelas de la política democrática el tender trampas al oponente para sembrar en su seno la división y debilitarle. Hasta aquí, sin problemas. Lo que ya no es tan normal es subirse con armas y bagajes al carro del enemigo para machacar al bando propio y encelarse en el propósito hasta extremos altamente dañinos para la causa en la que uno milita. Eso es exactamente lo que sucedió, tal como explica con detalle Pablo Montesinos, en el escándalo del falso espionaje de Manuel Cobo por parte de agentes de seguridad de la Comunidad. Cuando la justicia, la comisión de investigación del PP y la Asamblea de Madrid dictaminaron separadamente que las acusaciones carecían de fundamento y que tales seguimientos no habían tenido lugar, el delfín tuvo que limpiar los escombros y retirarse escaldado. ¿Por qué se metió en un berenjenal tan incómodo y tan sórdido? Es difícil encontrar explicaciones que no sean lesivas para su reputación.

Y, por último, la candidatura a los Juegos Olímpicos de 2016 tras la decepción causada por la previa a los de 2012. Todos los expertos en política olímpica, que es un campo de minas no apto para aficionados ni para voluntaristas, advirtieron que era prácticamente imposible que el magno acontecimiento se atribuyera en dos ediciones sucesivas al mismo continente y que el contexto geopolítico reforzaba marcadamente las opciones de las grandes economías emergentes. El delfín, inasequible al desaliento y a la realidad emprendió su segunda ronda de viajes planetarios y de protagonismo internacional para volver a dar de bruces en el suelo, como le habían predicho los que saben del asunto. Quinta ocasión en que los dioses aparecen para fastidiar al osado mortal, los dioses incansables, porque el delfín no les deja un instante de reposo.

Centremos a continuación nuestra atención sobre una leyenda que envuelve al delfín y que muchos ciudadanos de buena fe creen a pies juntillas. De acuerdo con tal imaginario colectivo, el delfín goza de un considerable tirón en la calle y es una máquina de atraer votos, por lo que su presencia en la cabecera de una lista es garantía de éxito con

preferencia a otros dirigentes destacados del PP. En apoyo de esta tesis sumamente halagadora para nuestro biografiado se esgrimen, además de sus reiteradas victorias electorales, no pocas encuestas que reflejan un índice de conocimiento, un grado de aceptación popular y una valoración notoriamente altos, de hecho en bastantes de los sondeos los más altos entre los integrantes del estado mayor de su partido. Dada mi procedencia de las ciencias duras, tengo una irrefrenable inclinación a la duda sistemática y a la comprobación empírica de las teorías. Así, para aceptar plenamente una tesis basada en la observación, el método científico aconseja verificar si otros datos independientes de los que disponemos corroboran la validez del fenómeno a examen. Veamos. José María Álvarez del Manzano fue candidato del PP a la Alcaldía de Madrid en tres ocasiones sucesivas, 1991, 1995 y 1999. Ganó en las tres por mayoría absoluta, con una amplia ventaja sobre los socialistas y porcentajes con un suelo en el 47% y un techo en el 53%. Su imagen es la de un señor discreto, trabajador, eficiente, prudente, austero, sencillo, con una sólida formación, católico practicante y cálido y próximo en el trato. Por consiguiente, es legítimo inferir que el PP hace veinte años que sale victorioso de las municipales de Madrid con dos candidatos de personalidades llamativamente diferentes. De ahí a sentar la conclusión de que el PP gana la Alcaldía de Madrid por razones sociológicas consolidadas si presenta a un cabeza de cartel del nivel requerido, y que el éxito es compatible con una amplia gama de perfiles, hay un paso cortísimo. Diré más, la hipótesis de que el sector más activo y concienciado de votantes de centro-derecha de Madrid está irremisiblemente cautivo y que apoyará incluso a un verso suelto por suelto que circule respecto a lo que estos ciudadanos tienen por correcto y conveniente en los campos de la fiscalidad, del modelo de familia, de los valores que debemos inculcar a nuestros hijos, de la ornamentación de la vía pública en Navidad y de la credibilidad que merece Alfredo Pérez Rubalcaba, es una suposición no exenta de riesgos. Dejar de lado a tu electorado más auténtico en la seguridad de que no te va a fallar y dedicarte a halagar al otro lado con políticas y gestos que provoquen la irritación de los tuyos es un juego que tarde o temprano te puede dar

algún disgusto. Lo digo hoy aquí a título de advertencia de cara a lo que pueda suceder en junio del año próximo.

Al cerrar la biografía del delfín del PP de Pablo Montesinos después de haber recorrido atentamente sus doscientas setenta páginas, rebosantes de agilidad y amenidad, la impresión que nos queda es que el personaje estudiado es un ejemplar perfecto del profesional de la política, es decir, el tipo de responsable público que entiende su cometido como la aplicación competente de la técnica óptima en cada coyuntura para la consecución, ejercicio y conservación del poder. Su muy temprana vocación, de hecho no ha realizado prácticamente otra actividad remunerada que no fuera la política, le inclinó casi obligadamente a esta concepción. Eso explica su permanente seguimiento de las evoluciones de la opinión, fruto del convencimiento, tal como explicó elocuentemente en su alocución al XV Congreso de su partido, de que la obligación del gobernante es salir al encuentro de la mayoría más que intentar convencerla de la bondad y calidad de los propios principios y propuestas. Un dirigente destacado del centro-derecha que cada vez que se produce un conflicto entre su formación y el PSOE, sea por las sospechas despertadas por el patrimonio de José Bono, la falta de claridad sobre la negociación con ETA, el matrimonio homosexual, la reducción del número de liberados sindicales en la Comunidad de Madrid, las intolerables descalificaciones de Jesús Polanco al Partido Popular, la responsabilidad de Zapatero en el fracaso de la candidatura olímpica o el tamayazo, se alinea con el adversario desautorizando a sus correligionarios o discrepando de sus planteamientos, es de esperar que, tal como se desprende de los muchos testimonios recogidos por Pablo, un significativo número de ciudadanos sospeche que pone sus intereses electorales por encima de la coherencia ideológica o la lealtad. Yo mismo he oído con frecuencia el comentario de que si realmente comulga con las posiciones del adversario, si le molesta que se instale un monumento a las víctimas del terrorismo en la Plaza de la República Dominicana y si tanta es su admiración por el Gran Wyoming, quizá debería replantearse algunas cosas.

El delfinato es un status incómodo que genera impaciencia a medida que se prolonga y este nerviosismo creciente conduce a comportamientos erróneos. Según Pablo Montesinos, al delfín del PP ya se le ha pasado el arroz y en el horizonte se perfilan como premios de consolación la Presidencia de las Cortes, la Vicepresidencia del Gobierno o el ministerio de Fomento. Yo coincido bastante con esta apreciación porque uno de los requisitos para ser ungido como jefe supremo en nuestra partidocracia suele ser que al interesado no se le noten demasiado las ganas. Y al alcalde de Madrid no es que se le noten, es que le desbordan.

Despótico, autoritario, sin palabra, con un proyecto exclusivamente personal, para unos, brillante, carismático, imaginativo, visionario, inteligente y culto, para otros, Pablo Montesinos nos muestra en *El Delfín del PP* las dos caras de un político que a pocos deja indiferentes. Yo quiero terminar felicitándole por su excelente aproximación a un personaje que ha logrado algo que no es fácil: ser absolutamente obvio sin dejar de ser interesante.